

# *Historia y análisis*

EUGENIO MOYA CANTERO

I. Nuestro tiempo siente por la Historia un interés creciente. Si del siglo pasado se dijo que era el «siglo de la Historia», del nuestro no cabría decir menos. En el pensamiento contemporáneo las referencias a la Historia son cada día más insistentes y las interpretaciones que hacen de ella un conocimiento primario y necesario obtienen diariamente mayor audiencia.

Ahora bien, si lo dicho es cierto, no lo es menos el hecho de que la discusión sobre la cientificidad o no de la Historia ha sido tema para debate. En la actualidad, no cabe duda de que tal polémica resulta trasnochada, pero, a pesar de ello, es conveniente asomarnos a ese pasado, no para quedarnos en los términos estrictos del debate, sino, lo que es más importante, para extraer toda una serie de consecuencias importantes tanto a nivel metodológico como epistemológico.

Es, por todo esto, por lo que centrarnos en dos racionalidades que se han hecho de la Historia problema puede resultar revelador. Nos referimos a dos racionalidades, a dos formas de encarar la «realidad» que han hecho mella en nuestro siglo: la «razón analítica» y la «razón historicista».

Quizá, antes de entrar en este debate, haya que hacer una precisión sobre lo que ha de entenderse por tales rótulos.

Ya Heussi, en 1922, hablando de la significación del vocablo «historicismo», afirmaba que «nadie debería emplearlo sin precisar previamente qué entiende por este término»<sup>1</sup>. Pues bien, guiados por esta consigna, hemos de señalar que en este escrito cuando hable-

---

<sup>1</sup> HEUSSI, K.: *Die Krisis des Historismus*, Tubinga, 1922, p. 15.

mos de «razón histórica» haremos referencia, con el reduccionismo que esto conlleva, al que podemos considerar como el padre de esta corriente filosófica: Dilthey.

Ahora bien, si esta amplitud semántica es clara en cuanto al término «historicismo» otro tanto cabría decir del concepto «filosofía analítica», ya que, como un autor señala acertadamente, bajo este rótulo se engloban toda una serie de pensadores que no tienen entre sí más que un tenue «aire de familia», por emplear terminología wittgensteiniana<sup>2</sup>. Es esta flexibilidad la que nos permitirá englobar bajo este título a autores tan diversos como Popper, Hampel, etc.

Hecho este paréntesis, vayamos sin más demora al núcleo de nuestra tema. Para ello empezamos diciendo que en el problema de la Historia, como en tantos otros, el sello de Aristóteles permanece indeleble en el tratamiento de esta cuestión. La distinción que aparece en la *Poética* entre poesía e historia, señalando que la primera es más filosófica(=científica) que la segunda por tratar más de lo universal, sigue marcando las discusiones contemporáneas. El de Estagirita concibe a la Historia como un relato de sucesos sin más concatenación que la mera accidentalidad con lo que aquélla no pararía de ser una mera crónica, un mero espejo del pasado. Oigamos sus palabras:

«El historiador difiere del poeta en que aquél presenta lo que sucedió en realidad, mientras que el poeta presenta lo que podría suceder. Por esta razón la poesía es más filosófica y menos trivial que la Historia; puesto que la poesía presenta generalidades, la Historia meramente cosas particulares. Generalidades quiere decir la suerte de cosas que esta o aquella persona suele decir o hacer, o debe decir o hacer; y esto es lo que la poesía intenta presentar bajo la máscara de los nombres propios que confiere a sus personajes. Cosas particulares quiere decir lo que Alcibiades hizo o sufrió<sup>3</sup>.

Desgraciadamente, la adopción de este enfoque ha hecho que muchas veces la discusión se detuviera al nivel de la historiografía, y aunque la investigación histórica ha progresado mucho desde Aristóteles las alternativas no pueden reconstruirse sobre bases meramente especulativas o analíticas sin tomar en cuenta la práctica concreta de los estudios históricos. Dewey vio perfectamente este hecho cuando escribía:

«La cuestión no es tanto saber si la historia en su conjunto es o no una ciencia, ni siquiera la de si es capaz o no de convertirse en

<sup>2</sup> MUGUERZA, J., *La concepción analítica de la filosofía*, 2 vols., Alianza, Madrid, 1974, vol. I, p. 16.

<sup>3</sup> ARISTÓTELES: *Poética*, U.N.A.M., 1945, ed. bilingüe, p. 14 (el subrayado es mío), 1451b4-11.

una ciencia. La cuestión es de si los procedimientos empleados por los historiadores se hallan excluidos de poseer rango científico. ¿Pero qué decir entonces de la geología y de las ciencias biológicas?... Tales ciencias se ocupan largamente con la determinación de singulares, y sus generalizaciones no *emergen* meramente de la determinación de singulares, sino que funcionan, constantemente, en la interpretación ulterior de singulares. Parece que la adhesión nada crítica a los conceptos aristotélicos se ha concebido con el prestigio de la física, especialmente de la física matemática, para dar origen a la idea de que la física no sólo constituye la forma más avanzada de la investigación científica (lo cual es innegable), sino que ella sola goza de rango científico»<sup>4</sup>.

No cabe duda de que el texto es acertado; es más, desde él se puede insistir en un hecho innegable: la Historia no es un mero relato de acaeceres, no es, por tanto, una mera crónica del pasado. En las *Tesis sobre Feuerbach*, Marx comenta que aunque es cierto que el hombre ha sido modelado por la historia sería unilateral y errado no reconocer que el hombre hace también la historia. Esto no cabe duda de que admite una doble interpretación: una, es la de que la historia no está ni por encima ni más allá de las acciones del hombre, sino que es producto de sus luchas, sus fines, sus necesidades, sus intereses, etc.; pero, desde otro punto de vista, la «historia» podría aparecer, en un segundo sentido, como no existiendo más que cuando se les da un significado a los sucesos en bruto, tal que sería algo constituido por la interpretación humana, o el producto de las acciones humanas, siendo éstas por ser humanamente significativas. Es por ello por lo que informar a título de mera crónica el caso de que «La Revolución Francesa tuvo lugar en 1789» es olvidar el hecho de que los conceptos «francesa», «revolución», etc., no describen hechos en bruto, sino que denotan entidades que existen solamente en sus relaciones significativas como hechos históricos, políticos, sociales, institucionales y humanos, de tal modo que ellos comportan significatividades no reducibles en ningún caso a simples acaeceres espacio-temporales.

Ahora bien, desde este punto de vista, el problema de si es posible una ciencia de la historia se hacen doblemente problemáticas, valga la redundancia, pues la observación y los datos históricos ya no son tan simples y llanos objetos de crónica como se pretendía que fueran. Es más, nos enfrentamos a una dificultad metodológica: la inevitabilidad de la interpretación y selección de «hechos» en cualquier investigación histórica, dificultad ésta que echa por tierra cualquier teoría de la ciencia histórica que pretendiese una crónica ideal y no interpretada. Pero si ello es así, y hay que cumplir el irre-

---

<sup>4</sup> DEWEY, J.: *Lógica. Teoría de la investigación*, México: F.C.E., 1950, p. 280.

mediable requisito de la interpretación, ¿se condena a la investigación histórica a la subjetividad, ya sea intencional o inconsciente? O de otro modo, ¿cómo podremos hablar de leyes objetivas de la historia o de la explicación histórica? ¿Acaso no tendremos, entonces, nada más que unas narraciones plausibles, en el mejor de los casos, y las proyecciones de nuestros deseos nacidos de nuestros prejuicios en el peor? En último término: ¿es posible una ciencia de la historia?

II. Pues bien, a todo este cúmulo de problemas han intentado responder, entre otras, dos tipos de racionalidades que desde un primer momento aparecen como contrapuestas. En efecto, la versión analítica en mayor o menor grado intenta negar el significado a todo discurso histórico y esta negativa hace referencia a la consideración de que la Historia no es más que una simple crónica más o menos acertada de acaeceres espacio-temporales y, por ello, se argumenta que la Historia no puede pretender un puesto entre las ciencias, ya que la falta el carácter fundamental del conocimiento científico; es decir, la posibilidad de darnos la subordinación de los fenómenos. Ella no puede ofrecer otra cosa que una coordinación de ellos. La ciencia —siguen afirmando—, como sistema de enunciados y conceptos, no habla jamás si no de géneros, la Historia no trata si no de individuos. Ella sería, pues, una ciencia de las cosas individuales, lo que implica contradicción.

Se construye así —bajo el imperio del punto de vista aristotélico— el esqueleto de la argumentación por la cual no puede incluirse la Historia en el mundo de las ciencias, y que podría resumirse en la idea de que la materia histórica no responde a las condiciones que se exigen para los objetos susceptibles de tratamiento científico.

En esta línea, Popper declara abiertamente en *La sociedad abierta y sus enemigos* que «la historia no tiene significado»<sup>5</sup>. Ciertamente el concepto de «significado» no hace referencia ni tiene las connotaciones existentes en la filosofía neopositivista, ya que en este caso hace solamente referencia —como más tarde podrá apreciarse— a la negativa popperiana a la afirmación de un carácter científico de las disciplinas históricas, sin que tal negativa incluya ningún matiz peyorativo.

Antes de continuar es preciso reparar en un hecho importante: El Neopositivismo lógico nació, al igual que iba a ocurrir con la propuesta popperiana, con una vocación claramente cientifista que llevó a una especie de mimetismo de cualquier esfera del saber con

<sup>5</sup> POPPER, K. R.: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Buenos Aires: Paidós, 1957, p. 447.

respecto a las ciencias físico-químicas. Ello hizo que su tarea estuviese centrada en su mayor parte en la justificación epistemológica de tal saber y en el que el uso de la lógica y el recurso a la experiencia eran sus más preconizados dogmas. Todo modelo teórico, en definitiva, debía obedecer a dos requisitos fundamentales: seguirse de un modelo lógico estable y ser verificable o falsable. Cualquier disciplina que quedase fuera de estos marcos sería, por tanto, cualquier cosa menos científica<sup>6</sup>.

Todo esto hizo que multitud de disciplinas quedaran reducidas a mera poética conceptual, a ser expresivas de sentimientos, a ser metafísicas, etc. Pues bien, no otro camino acogió a la Historia: una ciencia de la historia sería inalcanzable, ya que en el mejor de los casos el historiador nos ofrecería una interpretación plausible de los sucesos pasados; en fin, que, en ausencia de algo que fuesen leyes suyas —los universales de cualquier verdadera ciencia—, la Historia continuaría siendo totalmente idiográfica, o sea, sumario de acaeceres únicos y no recurrentes a cuyo respecto no cabría hacer generalizaciones de las que deducir casos particulares. Conveniría recordar a este respecto que la adscripción al modelo deductivo por parte de Popper hizo que su preocupación se cifrase en señalar que lo propio de las teorías científicas es ofrecernos una explicación de los hechos a que se refieren y por las cuales, valiéndonos de condiciones iniciales, predecir efectos esperados.

En el caso de que considerásemos las leyes como reglas, éstas —según este modo de pensar que reproducimos— no podrían aplicarse porque, en principio, no habría más que un caso de aplicación de cada una de estas reglas, caso que sería aquel del que se hubiese sacado la regla. Así pues, «regla» sería un término carente de significado, de contenido; y aun en el caso de que pudiésemos hablar de generalizaciones sobre procesos históricos recurrentes (ej.: revoluciones, surgimiento y desaparición de Estados, etc.), tales generalizaciones serían las más débiles de todas. Es más, a partir de ellas no podrían hacerse inferencias predictivas válidas, ni aun remotamente plausibles. Nos encontraríamos más bien en una casuística de mínimo interés<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> No entramos aquí, por necesidades de espacio, en la polémica en torno a la verificación que se ha mantenido dentro del propio neopositivismo y que llevó a Popper a la formulación del criterio de falsabilidad como criterio de demarcación entre ciencia y no-ciencia, así como la crítica a que éste ha sido sometido en la última filosofía de la ciencia. A este respecto resulta de gran interés consultar —entre otros muchos que se podrían citar— LAKATOS, I., y MUSGRAVE, A. (eds.): *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Barcelona: Grijalbo, 1975, especialmente el artículo de LAKATOS, I.: «La falsación y la metodología de los programas de investigación», pp. 203-345.

<sup>7</sup> En un sentido un tanto ambiguo nos encontramos con la teoría hempeliana de la «promoción de leyes», teoría que insiste que se deberían reseñar por vía

Historiadores de distinta índole han insistido en que si bien no cabe hablar de procesos históricos recurrentes, sí se podrían atisbar —piensan ellos— tendencias históricas. Ante esta afirmación, Popper se apresura a señalar que «las tendencias no son leyes; y un enunciado que afirma que existe una tendencia es existencial, no universal»<sup>8</sup>. Es más, se podría seguir arguyendo con el Popper de *La lógica de la investigación científica* que aun en el caso de que la afirmación de una tendencia fuese universal lo sería de universalidad número y nunca de universalidad estricta, hecho que adquiere valor si atendemos al dato de que sólo de estos últimos enunciados universales son de los que se puede seguir un condicional contrafáctico, es decir, aquellos que establecen una característica tal que todo individuo que no sea sujeto de su predicación no pertenece a una determinada clase; y es claro que de un enunciado que afirme una tendencia histórica tal como «Todo gobierno que ha llegado a una situación de crisis 'X' provoca un descontento que termina con derrocar un sistema político 'S', no se sigue el condicional contrafáctico «Si el gobierno 'Y' estuviese en una situación de crisis 'X' provocaría un descontento que terminaría con derrocar el sistema político 'Z'».

Vemos, pues, que queda descartada la explicación científica de la historia: decididamente este enfoque crítico parece descartar la posibilidad de que se saquen enseñanzas de la historia; y esto, precisamente, porque «la historia nunca se repite».

No hay duda de que lo se debate en último término es la posibilidad o imposibilidad de subsumir en el campo histórico un hecho bajo una generalización o ley que nos permita la predicción. Ciertamente este problema es extrapolable al ámbito más general de las ciencias humanas y sociales, ya que también en ellas nos encontramos con problemas parecidos debido principalmente al peculiar objeto del que tratan: el hombre.

En principio, parece claro que el hablar de una explicación de corte causalista en tales ámbitos de saber es, cuando menos, injustificado, y el peso de esta negativa reside en el hecho de que estos saberes han de contar siempre con las limitaciones que impone el elemento subjetivo, un elemento difícilmente determinable en todas sus variables y posibilidades. El índice de creatividad, en última instancia, de libertad, que interviene en todo obrar humano hace que

---

inductiva los «hechos» recurrentes y las relaciones en que ellos se determinan. Con ello, piensa Hempel, podríamos obtener generalizaciones de carácter concreto y una lógica de relaciones determinadas. De esta forma, la Historia podría alcanzar el *status* de ciencia; ahora bien, eso sí, con modelos lógicos poco potentes.

<sup>8</sup> POPPER, K. R.: *La miseria del historicismo*, Madrid: Taurus, 1961, p. 574.

definitivamente creamos en la imposibilidad de una explicación en el terreno de las ciencias que tratan del hombre.

Por otra parte, en cuanto al problema de la predicción lo primero que hay que señalar es el dato de que una predicción en sentido estricto es difícil de concebir por dos razones: en primer lugar, por la inexistencia de procesos históricos recurrentes; y, en segundo lugar, por el hecho innegable y consabido de que una determinada predicción en el ámbito de estos saberes reobra, bien positiva bien negativamente, sobre el mismo hecho que se predice, con lo que la viabilidad de tales predicciones quedaría en entredicho.

Lo cierto y verdad es que la primera filosofía analítica sostuvo la tesis de la poca potencia explicativa de la Historia y de su carácter no predictivo. Esta visión es ciertamente sombría sobre todo si la contraponemos a esas otras que ven en la historia el gran maestro de la humanidad. Ahora bien, sean cuales fueren los méritos y peligros de este racionalismo romántico que busca la verdad y la salvación en el conocimiento histórico no es necesario llegar tan lejos en el rechazo del escepticismo típico de los críticos de la Historia, pues, aunque ella pueda no ser ciencia, no tiene por qué ser mito o simplemente nada, pues el papel de la interpretación histórica nos ofrece plenas perspectivas de comprensión, aunque, eso sí, sin contar con los beneficios marginales de la predicción o de la explicación nomológica. Ahora bien, según el enfoque analítico, a una verdadera interpretación le compete prescindir de esos regalos, que, en el peor de los casos, revisten a las profecías y a las creencias religiosas del ropaje de la ciencia, un disfraz hartamente peligroso que favorece un uso ilegítimo de la historia para fines demasiado particulares.

No hay duda de que debajo de esta consideración, que a primera vista parece acertada, está el hecho de que la filosofía analítica, en ese sentido vago en que la estamos nombrando, ha privilegiado el modelo de las ciencias físico-naturales en las que no cabe duda de que la predictividad se da de modo general. A partir de ahí, estos teóricos contraponen una ciencia histórica —ciertamente una «ciencia mutilada»— a las ciencias físico-naturales —a las que ciertamente se las reviste de un carácter ideal—. Sin embargo, si nos fijamos en el hecho innegable de que la investigación y reconstrucción histórica forma parte de la misma crítica racional característica de la filosofía y de la ciencia, y si además en el trabajo del historiador operan ciertos cánones entretreídos sobre elementos de juicios empíricos, cosa que ciertamente ocurre, no podrá usarse el tema de la predicción, por sí solo, para negar a la Historia su carácter científico, máxime cuando tenemos grandes zonas de las ciencias reconocidas (v. g., la teoría de la evolución en Biología)

en las que la función predictiva está igualmente ausente o sólo en sus comienzos. Es más, contrariamente a la formulación típica del modelo nomológico de la explicación y la predicción puede objetarse que ambas no son simétricas, y que las «leyes» generales en la Historia pueden formularse con la plausibilidad adecuada a su objeto. En efecto, podemos decir que si el objeto de la ciencia histórica no se somete al modelo de explicación causal estricto, sí que se somete perfectamente a lo que podemos llamar, siguiendo a Braithwaite, explicación finalista<sup>9</sup>.

Tal modelo de explicación tomaría en consideración un factor tan importante en las ciencias humanas como es el subjetivo y que no es en manera alguna, como decíamos, recogido en los modelos causales de explicación. Así, en una supuesta explicación finalista de un suceso histórico, a la pregunta «¿por qué?» contestaríamos indicando el fin con relación al cual el acontecimiento que se ha de explicar constituye un medio de realización.

Hempel niega todo valor a este segundo modo de explicación propuesto, admitiendo únicamente como legítimo y válido el proceder causal en el que un acontecimiento concreto es subsumido bajo una generalización o ley. En esta misma línea insiste Patrick Gardiner cuando escribe que sólo «... un acontecimiento es explicado cuando se coloca bajo una generalización»<sup>10</sup>.

Ernst Nagel repara en que si la explicación causal no es asimilable en la ciencia histórica, sí que puede hablarse de una explicación probabilística, ya que las generalizaciones relativas a las conductas humanas, y que forman parte de los presupuestos de esta explicación, poseen carácter estadístico<sup>11</sup>.

Las críticas a este modo de explicación han sido profundas; así, Hempel habla de que el modo de explicación probabilística no es explicación «sensu stricto», sino simplemente un esbozo de explicación. Más aún, si a esto unimos el hecho de que la explicación histórica nunca es íntegra, tenemos, dice Hempel, el porqué de la invalidez de este modo de operar.

También Popper ha dirigido sus críticas a la lógica de probabilidades, aunque su concepto de «grado de corroboración» de una teoría ha llevado a algunos autores a interpretarlo en el sentido de esa lógica de probabilidades<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> BRAITHWAITE, R. B.: *Scientific Explanation*, Cambridge, 1953, p. 320.

<sup>10</sup> GARDINER, P.: *La naturaleza de la explicación histórica*, México: U.N.A.M., 1961, p. 12.

<sup>11</sup> NAGEL, E.: *The Structure of Science*, New York, p. 558.

<sup>12</sup> Cf. LAKATOS, I., y MUSGRAVE, A. (eds.): *The Problem of Inductive Logic*, Amsterdam: North Holland, 1962, pp. 410-412.

A pesar de esta interpretación —a nuestro entender desacertada— Popper desde que introdujo el concepto de «corroboración» quiso deslindarlo del de «probabilidad lógica». Veámoslo brevemente.

La corroborabilidad de una teoría se determina, según Popper, por el rigor de nuestros intentos falsadores, determinándose, por otra parte, ese rigor por la precisión de lo que ella afirma o, con otros palabras: tal rigor depende del contenido informativo que posea. Y comoquiera que el grado de probabilidad, según nuestro autor, es inversamente proporcional al contenido informativo, cuanto más grado de corroboración tenga una teoría, cuanto más grado de contrastabilidad tenga, tanto menos será su grado de probabilidad. Así, en palabras del autor, leemos:

«Las teorías no son verificables, pero pueden ser corroboradas. Se ha hecho a menudo el intento de describir las teorías como algo que no puede ser verdadero ni falso, sino más o menos probable... Pero en mi opinión, todo el enfoque del problema de la probabilidad es erróneo: en lugar de descubrir la 'probabilidad' de una hipótesis deberíamos tratar de averiguar qué contrastaciones, qué pruebas ha soportado... En resumen, deberíamos disponernos a averiguar en qué medida está 'corroborada'»<sup>13</sup>.

Hemos visto más arriba que emparentado con el tema de la explicación estaba la cuestión de la predictividad; pues bien, ¿qué decir de ella? Los críticos de la Historia negaban, como decíamos, el carácter científico de ésta, entre otras cosas, por no ser susceptible su campo del fenómeno de la predicción. No cabe duda de que eso es acertado, pero lo que no lo es tanto es el negarse a asignarle estatuto de ciencia, porque si el historiador no practica la predicción «sensu stricto», sí que se mueve en el ámbito de lo que en el medio anglosajón, desde Ryle, se ha llamado «retrodicción», término éste que podemos definirlo de manera aproximada de la siguiente forma: basándonos en unos determinados conocimientos y partiendo del estado actual, podemos deducir lo que ha sido el pasado<sup>14</sup>.

Con todo lo dicho vemos que el problema de saber si la Historia es o no ciencia no debe hacerse teniendo en cuenta cualquier emulación de un determinado tipo de científicidad como es en nuestro caso la físico-química. Además, desde la última filosofía de la ciencia sabemos que la misma ciencia física no se rige por el estrecho corsé

<sup>13</sup> POPPER, K. R.: *Lógica de la Investigación Científica*, Madrid: Tecnos, 1962, p. 234. También en *Conocimiento objetivo* Popper critica la lógica de probabilidades al hilo de su argumentación sobre la corroborabilidad de las teorías científicas. Ver especialmente pp. 31 ss.

<sup>14</sup> WALSH, W. H.: *Introducción a la filosofía de la historia*, México: Siglo XXI, p. 43.

epistemológico de los neopositivistas. Lógica y recurso a la experiencia no bastan para dar cuenta de ningún sistema teórico; hay que hacer entrar factores hasta ahora considerados como externos al hecho científico tales como personalidad del autor-científico, ambiente cultural, la metafísica corriente en la época, etc., en definitiva, factores históricos que no pueden quedar en un estrecho contexto de génesis, sino que afectan de manera clara al mismo contexto de validación de las teorías<sup>15</sup>.

Hay otro hecho relacionado con los anteriores que hizo abandonar a los epistemólogos analíticos la consideración científica de la Historia: la irrepitibilidad de los sucesos históricos. Ante esto hay que decir que aunque las leyes físicas ideales, y en condiciones de experimentación, declaran que los sucesos físico-naturales son recurrentes, no es posible afirmar, si hablamos con propiedad, que dos sucesos naturales sean idénticamente recurrentes, sino sólo ante ciertos rasgos abstraídos; y podemos sostener que el juicio de recurrencia que se hace en abstracción de ciertos rasgos funciona de un modo análogo tanto en las ciencias humanas como en las naturales: únicamente los rasgos que se abstraen es lo que sirve de distingo para uno y otro caso. Ahora bien, surge aquí el problema de si es posible abstraer algunos rasgos de los sucesos históricos sin destruir su significado, sin eliminar su historicidad y convertirlo en un hecho bruto. Creemos que en este caso no es posible, o mejor aún, no es factible la abstracción completa a menos que eliminemos el detalle y la concreción del suceso histórico.

De cualquier forma, el que no sea factible la abstracción razonable de ciertas características de los acaécereos históricos, o el que en la Historia no puedan formularse leyes generales de «genuino» valor empírico, no son cuestiones por las que, en principio, eliminemos la Historia del ámbito de lo científico, más aún si, como pensamos, habría que hacer una reformulación de lo que es «ciencia» fuera de cualquier reduccionismo asfixiante como fue el del Neopositivismo.

III. Fuera de estos cánones y con perspectivas muy distintas aborda el problema de la historia la «razón historicista», un tipo de racionalidad que, como queda dicho más arriba, abordaremos desde la perspectiva diltheyana. Sin embargo, antes de entrar en su estudio no estará de más ofrecer, a modo de tentativa, lo que podrían ser unas cuantas características generales de la corriente historicista:

---

<sup>15</sup> Para el tema este no cabe duda de que resulta revelador consultar el magnífico libro de Th. S. KUHN: *La estructura de las revoluciones científicas*, México: F.C.E., 1975, pp. 31-32; 152-153.

1. La historia humana es cambio, devenir...
2. No existen verdades, ideas o valores universales y eternos.
3. Cada proceso histórico o formación cultural posee una individualización, individualización que deviene de la gran variedad y riqueza de todo producto humano.
4. No tiene sentido hablar de una naturaleza humana inmutable. El hombre es un ser social, histórico.
5. Cada unidad histórica ha de ser comprendida dentro de sus propios marcos de surgimiento, desarrollo y perecimiento.

En definitiva, creemos con Meinecke que «la médula del historicismo radica en la sustitución de una consideración generalizadora de las fuerzas humanas históricas por una consideración individualizadora. Esto no quiere decir —sigue diciendo el autor— que el historicismo excluya, en general, la busca de regularidad y tipos universales de la vida humana. Necesita emplearlas y fundirlas con su sentido por lo individual»<sup>16</sup>.

Hecho este breve esquema, vayamos al estudio sucinto de la obra y aportación diltheyana.

Dilthey se propuso desde el comienzo de sus investigaciones sobre la historia hacer algo similar a la crítica que Kant había llevado a cabo en su *Crítica de la razón pura* para el conocimiento de la naturaleza. Así, su ambición se centraba en la elaboración de una crítica de la razón histórica que le permitiese la investigación de las condiciones de posibilidad que pudiesen, además de asegurar plena autonomía respecto de las ciencias de la naturaleza, garantizar la validez del conocimiento histórico. Este intento de fundamentación será llevado a cabo sobre la base de dos criterios: en primer lugar, por el nexo vivencia-expresión-comprensión; y, en segundo lugar, por el principio de identidad entre el mundo humano —objeto de la ciencia histórica— y el sujeto que se propone su conocimiento. Hay una comunidad, así, entre quien se expresa en las objetivaciones y el que las comprende. Reparemos en todo esto.

La primera consideración que se le hacía precisa a Dilthey era el deslindamiento de ese objeto peculiar del saber del espíritu —el hombre— del objeto propio de las ciencias de la naturaleza. Necesitaba, pues, una ciencia que le diese a los saberes del espíritu un fundamento gnoseológico. Tal ciencia es lo que llamará Dilthey «psicología descriptiva y analítica de la *Erlebnis*». Esta psicología lo primero que nos revela es que los sucesos de la vida espiritual, que constituyen los datos en que se basa el conocimiento humano, tienen un carácter de inmediatez e interioridad. Ahora bien, sólo

<sup>16</sup> MEINECKE, F.: *El historicismo y su génesis*, México: F.C.E., 1943, p. 12.

habrá posibilidad de una vida espiritual siempre que tales experiencias de vida se nos den en un orden interno, mientras presenten, como dice Dilthey, «conexiones estructurales». En virtud de esas conexiones extructurales, la vida interior en todas y cada una de sus manifestaciones se presenta como un todo orgánico e integrado, en el cual sólo las partes individuales tienen posibilidad de realizar su realidad y asumir su valor específico. Por otra parte, uno de los caracteres de esas conexiones es su finalidad, porque, precisamente, la conciencia de un fin en el proceso interno es lo que le da unidad de un todo viviente. De este modo, tales conexiones estructurales nos presentan una identidad entre acto y contenido de conciencia. Vemos, pues, cómo Dilthey apela al concepto de estructura para destacar con él el carácter de vivido de los nexos psicológicos a diferencia de los nexos causales del acontecer natural. Con todo, la psicología que se proponía Dilthey llegaba a afirmar la individualización psíquica. Lo preciso será, ahora, el paso de la conciencia vital individual a las objetivaciones o expresiones del mundo histórico.

La realidad histórica está compuesta por individuos, los cuales, hemos visto, se encuentran centrados en sí mismos; ahora bien, entre ellos se establecen vínculos sociales, es decir, el individuo se halla inserto en una conexión de vida social<sup>17</sup>. Es, precisamente, este individuo el centro de todos los diversos sistemas de acciones y reacciones sociales y, sobre todo, inteligencia que sólo en su interioridad entienda ese mundo. Ahora bien, de tal manera es importante tal conexión de vida social que no puede lograr tal individuo su realización sin este conocimiento de los demás. Por ello, el individuo se esfuerza por aprehender el significado, su significado, en la conexión estructural en la cual se encuentra, haciéndola objeto de un «discurso» interior con el que se expresa. Tal expresión, por otra parte, aparece como necesaria, ya que no puede comprender la vivencia o experiencia vital de otros individuos a no ser que se exteriorice de modo que yo pueda reconstituirla con referencia a mi propia *Erlebhnis*. Sólo de este modo podré comprenderla, ya que comprender es comprensión de una expresión, expresión en la que lo expresado mismo estará presente. Así comprender la expresión es comprender la vivencia que en ella se patentiza. Es este vínculo permanente entre comprensión y vida interior la que permite conservar en la vida del espíritu el carácter de interioridad y trasladar a la comprensión el grado de certeza que deriva de la conciencia vital, de la identidad sujeto-objeto<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> DILTHEY, W.: *Einleitungen in die Geisteswissenschaften, Gesammelte Schriften*, Band I, p. 35.

<sup>18</sup> DILTHEY, W.: *Der Aufbau der geschichtlichen Welt*, G.S. VII, p. 278.

La tríada vivencia-expresión-comprensión se convierte, así, en el «procedimiento específico por medio del cual lo humano existe para nosotros como objeto de las ciencias del espíritu»<sup>19</sup>.

Todo lo dado, todo lo expresado, es aquí producido. El privilegio concedido por Giambattista Vico a los objetos históricos es lo que fundamenta, según Dilthey, la universalidad con que la comprensión aprehende el mundo histórico. Por ello dirá Dilthey que «la vida comprende aquí a la vida»<sup>20</sup>.

Ahora bien, Dilthey repara en que semejante identidad sujeto-objeto histórico no es algo realizado desde ya, sino que se hace necesario para ello una realización progresiva a la luz de investigaciones e instrumentos adecuados. De cualquier modo, esta homogeneidad no resuelve aún el problema de cómo elevar la experiencia individual a experiencia histórica; necesitará, en clara analogía con Kant, unas categorías que garanticen la validez objetiva del conocimiento histórico. Sin embargo, tales categorías no serán, en modo alguno, formales, muy al contrario: tales categorías —piensa el autor— residen en la esencia de la vida misma.

En primer lugar, nos encontramos con la categoría de temporalidad, que no es sino un contenido que se hace pasado en tanto que el futuro se convierta en presente. Es ese incesante fluir lo que nos es imposible aprehender conceptualmente, ya que si tratamos de hacerlo se detendrá, se perderá la constante movilidad de la vida, movilidad con la que con respecto al pasado nos sentimos pasivos, pero que ante la posibilidad del futuro nos comportamos activa y libremente. Tal es así, que sólo cuando mi presente está colgado del futuro, o sea, tiende a un fin, es cuando queda aclarado el pasado: los sucesos espirituales pasados sólo adquieren significado en la manera como ahora siento y concibo la vida proyectándose hacia el futuro. Con esto hemos alcanzado un segundo tipo de categoría histórica: la de significado. Todo momento particular, pues, adquiere significatividad mediante su conexión con el todo «mediante la relación pasado y futuro». Sin embargo, nos hace reparar Dilthey en que esa totalidad en la cual, por virtud de la categoría de significado, son unificadas las partes mismas. Hay, pues, una interacción significativa entre ambas. Ahora bien, debido a que nuestra aprehensión del todo sólo es posible gracias a nuestra finitud, a través de las partes, la relación de significado nunca puede completarse. Al llegar a este punto es donde Dilthey hace entrar la categoría de conexión dinámica: todas las formaciones históricas, producidas por el dinamismo inherente de la vida, revelan sistemas de

---

<sup>19</sup> DILTHEY, W.: *ibidem*, p. 87.

<sup>20</sup> DILTHEY, W.: *ibidem*, p. 136.

relaciones que refieren las partes a un todo, referencia que tiene un marcado carácter final a diferencia del necesitarismo de la conexión causal. Es decir, en cada comunidad histórica se presentan fuerzas colectivas que hacen surgir ciertas tendencias u objetivos a través de los cuales los individuos de esa época encuentran una propensión (no se ven necesitados) a hallar el criterio de medida de su acción en uno o varios elementos comunes. Precisamente, para Dilthey, la tarea del historiador estaría vinculada a la elucidación de los «objetivos, de los valores, los modos de precisar estas concordancias en un elemento común que rigen una época».

Por otro lado, todas esas conexiones dinámicas dadas en un momento histórico determinado vienen marcadas por el carácter de irrepitibilidad, de individualidad, individualidad que surge como determinación última de un tipo.

Los tipos históricos son, aquellas relaciones uniformes y regulares que reaparecen en todas y cada una de las individuaciones históricas. De esta forma, el tipo es el «medium» entre lo universal, en sentido psicológico de estructura de conciencia común a todos los hombres, y lo individual e irrepitible. Con ello tenemos que el conocimiento histórico, como inteligibilidad de lo singular, sólo es posible en la medida en que este individual es referible a un tipo estructural que se refleja en él.

Llegados aquí, podemos preguntarnos: ¿dentro de los marcos de esta vinculación estructural típica, lo individual se torna enteramente inteligible? Dilthey afirma —con lenguaje un tanto desconcertante— que toda individualidad presenta algo que no puede ser entendido, sino revivido (!); por ello, sigue diciendo, en toda comprensión hay algo de irracional (!!).

Otro concepto importante en la consideración diltheyana de las formaciones históricas es la «autocentralidad». Toda formación histórico-cultural mantiene una red de relaciones vitales, de experiencias de vida y realizaciones intelectuales, que mantienen a todos los individuos en un determinado ambiente histórico de formación de valores, de postulación de fines, de logros de objetivos, etc., los cuales se imponen al individuo conformándole su horizonte de vida, pero que no lo someten a un vínculo necesario en el actuar y el pensar, ya que si así ocurriese el desarrollo y continuidad histórica quedaría totalmente inexplicado. Así, pues, frente a la finitud de toda situación, se hace valer la libertad y creatividad del hombre, el cual trasciende tal finitud y empuja la actividad humana a la modificación de las diversas modificaciones dinámicas de los momentos históricos a un significado que abarque a la humanidad en la totalidad de su curso histórico.

Hasta aquí, de modo somero, hemos ofrecido un esbozo explicativo de lo que podrían ser las claves para la comprensión de aquel que fue el verdadero impulsor del historicismo; sin embargo, habremos de pasar, ahora, a una valoración crítica de este enfoque.

En primer lugar, trataremos de evitar las críticas que se han hecho ya tópicas —y no sé hasta qué punto justificadas— en el mundillo filosófico, tales como la acusación de psicologismo, la de relativismo, irracionalismo, etc. Más bien nos centraremos en aquello en lo que veo el verdadero problema de esta concepción: la comprensión.

La comprensión es, sin duda alguna, una parte constitutiva de la explicación histórica. Este hecho es irrefutable; pero nos vemos abocados a la pregunta por la objetividad de tal comprensión. En efecto, la comprensión siempre constituye una relación subjetivo-objetiva que afecta a la objetividad de la misma relación. Es decir, la comprensión siempre va ligada a un sujeto definido para quien ella constituye una experiencia vivida; en nuestro caso, al historiador. El tiempo histórico es fundamentalmente pasado, algo que se presenta proyectado al presente del investigador. Pero la experiencia de este pasado no se da en una visión total y homogénea, sino que sólo existe como resto de un presente. Ahora bien, existir como resto significa que el pasado tiene que ser «reconstruido». Un hecho histórico, en tanto concierne a una decisión, una acción o una invención humana, nunca es algo elemental, un cuerpo simple. Es un complejo de elementos que deben ser disociados. Mas el hecho histórico nunca y bajo ningún concepto es dado. *Muy a menudo el historiador debe, en cierto modo, crear por medio de hipótesis y conjeturas con trabajo delicado y sin apasionamiento*<sup>21</sup>. El investigador, pues, tiene que procurar el ensamblaje de estos hechos en una estructura que los armonice y dé sentido. Así habremos de hablar de hechos y concatenación o sucesión de los mismos: mientras los «hechos» llegan hasta el presente del historiador, la sucesión no tiene otra existencia que la que le dé el historiador «a la vista de los hechos». Esto es, si «la historia es inseparable del historiador», como afirma Marrón<sup>22</sup>, por muy exactamente que se determinen los hechos, pueden siempre quedar deformados en la consideración del investigador, ya que el conocimiento, como muy bien afirma Lledó, «no puede ser desinte-

<sup>21</sup> No entramos aquí en la polémica, por otro lado muy interesante, de qué es lo que hay que considerar un «hecho histórico». Para una reconstrucción de los términos del problema puede consultarse: LEVY-BRÜHL, H.: «Qu'est-ce que le fait historique?», en *Revue de Synthèse Philosophique*, t. XLII, París, 1926, y BERR, H. and FEBVRE, L.: «History», en *Encyclopedia of Social Sciences*, New York: McMillan, 1937 (t. VII).

<sup>22</sup> MARRON: *De la connaissance historique*, París: Seuil, 1964, p. 51.

resado y neutro»<sup>23</sup>. Por todo esto, es pertinente preguntarse si es posible un conocimiento o comprensión histórica objetiva.

En Dilthey, éste problema quedaba «resuelto» un tanto dogmáticamente, ya que la posibilidad de comprender cada época desde sí misma, y no desde un presente extraño a ella, era factible gracias a una especie de «simpatía»<sup>24</sup> que hacía posible una verdadera comprensión. Con tal simpatía no hacía sino referirse al ideal de la conciencia histórica que supera los límites que impone a la comprensión las preferencias y afinidades de cualquier historiador hacia algún momento determinado, cuanto menos. Por otro lado, la vivencia, como presupuesto último de la homogeneidad sujeto-objeto, daba certeza a la comprensión, pues aquel que intenta conocer la historia es el mismo que el que la hace. Sin duda alguna, esto es una válvula de escape injustificada, como muy acertadamente señala Gadamer:

«El propio Dilthey apunta al hecho de que sólo conocemos históricamente porque nosotros mismos somos históricos. Esto debería representar un alivio epistemológico. Pero, ¿puede serlo? ¿Es realmente correcta la fórmula de Vico tantas veces adecuada? ¿No es ésta una transpolación de la experiencia del espíritu artístico del hombre al mundo histórico, en el que ya no se puede hablar de «hacer», esto es, de planes y ejecuciones cara al decurso de las cosas? ¿De dónde puede venir aquí el alivio epistemológico? ¿No nos encontramos, más bien, ante una nueva dificultad?»<sup>25</sup>.

Por nuestra parte, creemos que la propuesta diltheyana es incorrecta, ya que tenemos experiencia de ciertas acciones y creaciones de nuestros congéneres que aparecen ante nuestra mirada como verdaderos desconocidos; es más, la mayoría de las veces su comprensión resulta a todas luces imposible (baste recordar las atrocidades inquisitoriales, las persecuciones y atropellos nazis, ...). De esta forma la identidad sujeto-objeto parece inadecuada.

Otros autores, como Mondolfo y Kruger, sostienen que, aun no dándose esta identidad, el historiador debe realizar una «epojé» que le permita poner entre paréntesis todos los elementos subjetivos. ¿Es posible esto? Paul Ricoeur, a pesar de admitir la intervención del historiador, no reconoce la pérdida de objetividad, pues habría, para él, dos tipos de subjetividades: la «buena» y la «mala subjetividad», de las cuales sólo esta última sería deformante<sup>26</sup>. Claro que estaríamos ante el problema de saber cuál es cuál. Es más, tendríamos que decir si esa «mala subjetividad obedece a mecanismos

<sup>23</sup> LLEDÓ, E.: *Historia y lenguaje*, Barcelona: Ariel, 1978, p. 77.

<sup>24</sup> DILTHEY, W.: *Der Aufbau der geschichtlichen Welt*, G.S. VII, p. 277.

<sup>25</sup> GADAMER: *Verdad y método*, Salamanca: Sígueme, 1977, p. 291.

<sup>26</sup> RICOEUR, P.: *Histoire et vérité*, París: Seuil, 1955, p. 34.

inconscientes o a procesos conscientes, ya que una respuesta u otra haría variar el significado de nuestras palabras.

Pirenne, en *What are Historians trying to do?*, señala que cualquier intento de alcanzar la objetividad, o más bien la intersubjetividad, habría de pasar por un procedimiento de traducción y síntesis de perspectivas que, por su analogía con el de Mannheim, no nos situaría en el plano del relativismo, sino en el relacionismo<sup>27</sup>. Sin embargo, con tal procedimiento, en último término veríamos abocados al problema de la traductibilidad de puntos de vista.

Sea cual fuese la postura que adoptásemos nosotros aquí, lo cierto es que estos pensadores no hacen más que explicitar un problema, que no es propiedad tan sólo de la Historia, sino de cualquier formulación teórica: la relación de aquello que proponemos como «lectura» de un determinado ámbito de realidad y la supuesta «realidad» misma.

IV. Ahora bien, no nos encontramos tan sólo con este problema, sino que, como dijimos al comienzo de este escrito, de la polémica entre «razón analítica» y «razón historicista» se pueden extraer toda una serie de consecuencias importantes hoy día.

En primer lugar, es destacable el hecho histórico de que la privilegización de un modelo teórico ha ido en menoscabo de otro. Creo que esto debería servir de enseñanza: una epistemología que privilegie un modo de hacer ciencia se verá de antemano descalificada, pues su propuesta no podrá ser otra cosa más que dogmatismo.

Por esta razón, los dos tipos de racionalidad que hemos «enfrentado» cometen un mismo error de base: la filosofía analítica, de corte neopositivista, no haría más que adscribir dogmáticamente un privilegio al quehacer físico-natural, máxime cuando la misma práctica científica de la que se dignan ser representantes no puede moverse en los estrechos corsés por ellos marcados. Esto hace que las nuevas epistemologías hayan abandonado estos puntos de vista sobre la ciencia y, atendiendo más fielmente a ella, se haya visto con claridad que ella no es la blanca e inmaculada cenicienta que se pretendía que fuese, sino, por contra, una, entre muchas, parcelas del saber humano. En este sentido reproduzcamos unas palabras acertadas de Kuhn sobre el tema:

«En algún punto de su carrera, a todo miembro de este Simposio se le ha presentado, estoy seguro, la imagen del científico como una persona que está sin compromisos detrás de la verdad. Es el explorador de la naturaleza, el hombre que rechaza los prejuicios en el umbral

<sup>27</sup> MANNHEIM, K.: *Ideología y utopía*, Madrid: Aguilar, 1966<sup>2</sup>, pp. 208-227.

de su laboratorio, que reúne y examina los hechos desnudos y objetivos, y que es fiel a los hechos y sólo a ellos... Ni siquiera para un público internacional se requiere más. Ser científico es, entre otras cosas, ser objetivo e imparcial.

Probablemente ninguno de nosotros cree que en la práctica el científico de la vida real logra plenamente satisfacer este ideal. El conocimiento personal, las novelas de Sir Charles Snow o una rápida lectura de la historia de la ciencia proporcionan demasiadas pruebas de lo contrario»<sup>28</sup>.

Pues bien, todo lo dicho con respecto a la corriente analítica, podría afirmarse también de la filosofía historicista. Esta, a despecho de una filosofía mecano-naturalista que invadía todo el pensamiento de la época, emprendió una tarea, que si bien en muchos aspectos ha resultado positiva, en otros ha devenido totalmente inadecuada, ya que en último análisis no es otra cosa que el tratar de privilegiar un tipo de ciencias, las humanas, en detrimento de las naturales; llevando el hiato existente entre ellas a tales extremos que aparecen como incompatibles e irreconciliables, cosa que resulta extraña cuando ambas ciencias, en multitud de casos, emplean métodos y procedimientos análogos. Es por esto por lo que coincidimos con las palabras de De Michelis cuando señala que «toda tentativa de justificar gnoseológicamente la Historia a precio de una desvalorización de las ciencias de la naturaleza está destinada a estrellarse»<sup>29</sup>.

Otra cuestión para debate, que ya tratamos a lo largo de este escrito, es el de que autores de una y otra racionalidad parecen coincidir en el hecho de que lo que verdaderamente separa a las ciencias humanas de las de la naturaleza son sus distintos objetos, objetos que impondrían modos de aprehensión igualmente diferentes, así las primeras lo harían siguiendo el modo de la sucesión, y las segundas siguiendo el de la repetición.

Creo que esta división es un tanto engañosa, pues presenta un hiato tan grande entre ambos objetos que se hace difícilmente sostenible si atendemos al dato de que la historicidad se revela como un modo especial de considerar la realidad que ha dado lugar a la construcción de la naturaleza desde un punto de vista histórico, al menos bajo la forma de un esquematismo genético, en la teoría de la evolución cósmica, biológica, etc., a quien nadie, hoy día, negará el «status» de ciencias. Esto, claro está, sin llegar al reduccionismo, también extremo, de considerar la identidad entre la ciencia de lo humano y lo natural, como hacen algunos autores contem-

<sup>28</sup> KUHN, TH. S.: *Paradigmas científicos*, en BARNES, B., y otros: *Estudios sobre sociología de la ciencia*, Madrid: Alianza Universidad, 1980, pp. 79-80.

<sup>29</sup> DE MICHELIS, E.: *El problema de las ciencias históricas*, Buenos Aires: Nova, 1948, p. 258.

poráneos al considerar que la constante «tiempo» se da de igual modo en el reino natural y en el humano-histórico<sup>30</sup>.

Y es que lo que es importante destacar es que la orientación hacia la historia, entendida en un sentido amplio, es una señal que confiere un sello característico a todo el pensamiento contemporáneo en contraposición a un período anterior en el que la concepción mecánico-naturalista de la realidad absorbía toda formulación teórica. De esta forma, los sistemas especulativos en nuestro siglo han visto la necesidad de incorporar la historia como variable ineludible de explicación y comprensión de los fenómenos tanto naturales como humanos.

Ahora bien, una acusación parece sobrevolar los límites de este escrito: si hemos admitido que las ciencias naturales no son tan potentes como se creía —cosa que resulta clara a la luz de los últimos estudios sobre la ciencia—, ni las ciencias del espíritu, por otro lado, tienen el privilegio derivado de su objeto, ¿hemos de admitir el relativismo? A esta pregunta no se puede sino responder con las certeras palabras del conde Zarian:

«Estoy pensando en que nada se resuelve finalmente. En toda época, desde todo ángulo, estamos siempre frente al mismo conjunto de fenómenos naturales: la luz de la luna, la muerte, la religión, la risa, el temor.

Hacemos intentos idólatras de encerrarlos dentro de un marco conceptual. Y, mientras tanto, constantemente cambian ante nuestras propias narices.

Admitir eso es admitir la felicidad o la paz del espíritu, si os place. Nunca hay que imaginar que algunas de esas generalizaciones que hacemos acerca de los dioses o los hombres es válida, sino que debemos alimentarlas porque llevan en ellas la falibilidad de nuestra propia mente.»

---

<sup>30</sup> TOULMIN, S., y GOODFIELD, I.: *El descubrimiento del tiempo*, Buenos Aires: Paidós, 1968, p. 19.